

EXPERIENCIAS

CUATRO EXPERIENCIAS CATEQUISTICAS

LA PRIMERA.

Había terminado la guerra del 36. De pronto hubo en mi pueblo una explosión de religiosidad.

Todos nos sentíamos hambrientos después de aquellos tres años en que las grandes puertas de la Casa de Dios estuvieron cerradas. Y cuando se abrieron, todos entramos como para saciar un deseo infinito.

Para mí, adolescente, la vuelta a la Casa del Padre tenía el encanto de lo nuevo. Nunca he sentido después emociones tan hondas como la de aquella segunda-primera Comunión; nunca me ha parecido tan maravilloso el Sagrario. Y aquellas Misas de Angelis —que

Los misterios de la Religión, expuestos con sencillez por mi Párroco, me atraían de tal forma, que para mí había sólo dos cosas: estudiarlos y asistir a los Círculos de estudios. Tanto, que en casa —buenos cristianos ellos— tuvieron que llamarme al orden: ¡había que continuar el Bachillerato, interrumpido por la guerra y la forzosa separación de mis padres; había que echar una mano a las faenas del hogar —familia numerosa—!

No sé cómo, pero no faltó tiempo para nada.

Se trató en la Parroquia de hacer un poco de estadística, y allá fuimos mis amigas y yo, familia por familia. Comprobamos entonces que no era verdad aquello de que TODOS estábamos en las misas del domingo, ni en la Catequesis, ni en los Círculos, ni en nada. Y se nos despertó una vocación misionera colectiva.

El Párroco se puso muy contento.

«Id —nos dijo—, tomad la llave de la Capilla de San Marcos, y allí los reunís.»

Eran los cueveros. Los niños de los que se habían refugiado en la sierra, o que estaban en la cárcel o en el duro trabajo. También ellos tenían la misma hambre que nosotras.

Eran buenos y aprendían aprisa las oraciones y lo que nuestro Párroco nos había marcado para ellos en nuestros Catecismos. Nos ayudaban a descubrir niños sin bautizar. Traían a sus hermanos mayores para oír lo que les decíamos a ellos. Pero no acudían todos al toque de nuestra campanilla. Hasta que un día, una de nosotras dijo que les daríamos trajes de Primera Comunión, y... ¡se formó el desorden!

Hubo que hacer más grupos, improvisar catequistas; nos poníamos nerviosas porque el dinero no daba para tanto, ¡en fin, que no! Aquello no salió bien.

... Y aprendimos que la Catequesis tiene que atraer sólo por la doctrina. Que la limosna así no era oportuna, es mejor hacerla con las condiciones que dijo el Señor.

SEGUNDA EXPERIENCIA

Me llevaron interna para preparar bien la reválida de séptimo. Entonces me apunté para ayudar a las Religiosas de mi Colegio en las Escuelas Dominicales. Y un gitano me contó que él había hecho cuatro veces la Primera Comunión, y que este año, si allí daban trajes, también la iban a hacer otra vez. No le dije que no había trajes y siguió viniendo. Por fin, un día:

—¿Sabes, Heredia? Las monjas dicen que no tienen dinero para dar trajes.

—¡No importa, zeñorita; después de lo que er Zeñó zufrió por nozotro, uno lo que quiere é zer güeno...!

Me puse contentísima. Les había explicado tan bien la Pasión, que... Pero Heredia cortó el hilo de mi pensamiento:

—¿Zabe osté donde m'empapao bién de tó ezo? ¡En er cine!

Me quedé de piedra. *Y aprendí que ni el que siembra ni el que riega es nada...*

TERCERA.

Las monjas jóvenes que no andábamos muy allá de salud, fuimos a pasar unos meses en el campo. Mi Superiora presidía el grupo. Hacíamos paseos largos, y un día llegamos a una aldea. No había Cura.

Acudió la Sacristana y nos abrió la Iglesia. ¡Cómo estaba todo...! Corrimos una cómoda de la Sacristía para que aquella gotera no siguiera estropeando las casullas y manteles. Nos llevamos lo sucio para lavarlos. Y al otro día, volvimos en un carro vestidas con nuestros delantales de rayas, llevando escobas y todo lo necesario para poner la Iglesia como un sol. Hubo hasta quien lavó la cara de los Santos con clara de huevo. Las vecinas fueron acudiendo y nos ayudaron a sacar aquellas espuertas de tierra. Vinieron también los niños, y luego, al anochecer, también los hombres. Hablamos con

toda aquella gente. Sobre todo, habló mi Superiora, y quedó en que todas las tardes volveríamos para estarnos un rato con ellos.

Después de cenar y hacer proyectos, nos distribuyó el pueblo:

—Para usted, los niños. Para usted, las niñas. Para usted, los muchachos. Para usted, las muchachas. Para usted, las mujeres; y para mí, los hombres.

Yo era la de las muchachas, y mi sitio, la entrada del pueblo. Tuve que luchar para que los chicos que venían del trabajo se fueran a su grupo.

Pusimos mucha alma en aquello. Pero nuestro Capellán no podía colaborar mucho. Con todo, dijo allí varias Misas, predicó, oyó confesiones, casó y bautizó. Cuando terminó nuestro descanso y nos despedimos, la gente lloraba.

Al año siguiente, volvimos con dos Padres Redentoristas. ¡Qué buena Misión!

Y al año siguiente..., tanto habían importunado los del pueblo al Obispo, que ya tenían Párroco. ¡Y qué Párroco! Aquel verano, las catequizadas fueron las monjas.

¿De dónde vino todo?

Me parece que el milagro lo hicieron nuestros delantales de rayas y nuestras escobas.

Aprendí que los sencillos no resisten ante la sencillez. Se entregan del todo. Aprendí que la Superiora que sabe trabajar con la voluntad de sus súbditos vale más que las perlas.

Aquéllos eran tan sencillos, que nos recibían y despedían cantando una melodía piadosa popular.

Cantaban todos, hombres y mujeres. ¿Quién les enseñó la canción? No lo sé. Nosotras la llamábamos el «Himno Nacional» de la aldea.

Fue una experiencia bonita también en otro aspecto: que mi Superiora lo hacía tan estupendamente, que nuestra voluntad era la suya sin ningún esfuerzo de la virtud de la obediencia. Resultaba fácil y agradable el trabajo en equipo y el confrontar las mutuas peripecias. Pero, claro, un técnico de la Catequética hubiera echado de menos eso, técnica y preparación. Sin embargo, en la aldea aún se nos recuerda y se nos quiere.

CUARTA EXPERIENCIA.

Fue en un pueblecito de América del Sur. Alegre, tropical. Casi nuevo en sus cuatro o cinco calles principales. Rico en historia colonial. Perdido entre los llanos hasta entonces, que había estrenado una gran carretera, alumbrado eléctrico decente, emisora y telégrafo. Pero la vertiginosa carrera de adelantos los había sorprendido en un estado de inercia centenaria y cada cual los digería a su modo. Desde luego, todos se aprovechaban de las neveras, ra-

dios, cocinas y demás aparatos caseros adquiridos a «cuotas», que hacían un contraste gracioso en tantas viviendas, no de las calles nuevas, sino de las otras, de barro y cañas, con tejado de palmas, sin departamentos, con puerta exterior de lo más primitivo, cuyos habitantes compartían el fresco del rancho en íntima convivencia con las «gallinitas» y el «burrito», los pericos y el loro.

Llegamos de España las seis pioneras de la Congregación en aquellas tierras el 15 de agosto, para comenzar nuestras clases, en el que iba a ser el único Colegio femenino católico, curso 1952-1953.

Muchos veían por primera vez los hábitos monjiles. Despertamos gran curiosidad. El desfile de mujeres de larga trenza negra y brillante, por nuestra casita, era interminable. ¿A qué venían? A ver a las Hermanitas, pero muchas niñas no nos trajeron.

En mi clase tuve 25 de catorce a dieciocho años. Era el último grado de Primaria. Procedían casi todas del gran grupo escolar del Estado, muy bien instalados pedagógicamente y con buenos profesores, pero muchos de ellos comunistas. El que habían tenido mis niñas el año anterior era materialista y se las daba de ateo. Era joven y simpático. Había dejado mucha huella en el pensamiento de algunas, y todas tenían una serie de prejuicios no muy favorables a las monjas.

Trece no habían hecho la primera Comunión; por tanto, su formación religiosa era peor que nula por estar en unas nebulosidades de superstición y cosas raras. Una no estaba bautizada y andaba entonces en trance de elegir entre la religión de su madre (protestante evangélica) y la de la abuela (católica). Las demás tenían lo que habían recibido cuando hicieron la Primera Comunión, de la que el Párroco cuidaba mucho, pero la labor de la escuela atea se notaba bastante.

Los primeros días fueron angustiosos. Mi clase se reducía a un insoportable monólogo. No les podía hacer hablar. Echaban mano de una serie de frases estereotipadas. Mostrando la palma de la mano levantada hasta la altura de la oreja, decían: «¿Quién sabe...?». O, moviendo la cabeza de un lado a otro, emitían un sonido así como «in, in» con la boca cerrada, para decir que no. O afirmaban con un especialísimo «¡Ajá, ajá, ajá...!».

¿Qué ocurría? No se fiaban de mí. Me estaban estudiando. A veces no entendían mis palabras, y, además, había algunas muy tímidas.

Una morenita de ojos inmensos, muy graciosa y que era Catequista en la Parroquia, fue la que rompió el hielo en un recreo preguntándome una serie de cosas. ¡Vi el cielo abierto! Poco a poco se fueron acercando, y a los cinco minutos me rodeaban todas. Cuando tocó la campana:

—¡Ajá, Madre, no nos vayamos! ¡Echenos más cuentos!

—¿Cuentos? ¡Anda! Pues la hemos hecho —pensé—, porque lo que les estaba diciendo no era nada de cuento.

Pedí permiso a mi Madre Superiora y nos quedamos en el jardín —selvático— hasta la hora de salir. Era una excepción que se imponía. Todas la estábamos necesitando. Aprendí palabras imprescindibles, entre otras, el significado de «cuento». Pero aún me aguardaban sorpresas. Por ejemplo, al día siguiente, cuando estudiábamos la Salve —porque el Párroco me había dicho que *lo primero de todo, rezar, y después, la Misa*— les dije:

—¡No corran tanto, por favor; hay que pararse en las comas! ¡Empecemos otra vez!

Y, diciendo «Dios te Salve», todas se ponían de pie.

—¿Pero por qué se levantan? ¡Por favor, siéntense! (Volvemos a empezar y... vuelta a ponerse de pie en la primera coma. Yo, admirada.)

Entonces dijo mi amiga, la morenota:

—¡Ah, pues...! Es que «pararse» es esto. (Y se firmaba sobre los talones.)

—Entonces, esto, ¿qué es? —pregunté—. (Y yo rezaba parándome en las comas.)

—Esto es «pausar» —me contestaron a coro.

Todas nos reímos y seguimos adelante nuestro rezo. Pero convencida yo de que necesitaba un cursillo intensivo de lenguaje. Lo comencé a marchas forzadas. Mi profesor fue el Párroco, que se reía muchísimo. Y ellas mismas, a quienes invitábamos a jugar los domingos y se pasaban allí todo el día. Cuando ya estaban cansadas de pelota, ¡conversación! Pronto mi «español» —como decían ellas— quedó en condiciones de americanizarse cuando convenía y nos entendíamos perfectamente.

Hicimos un poco de trampa al buen Párroco. A grandes rasgos, antes de la Misa, empezamos a estudiar Dios Creador. Y salió lo que tenía que salir: ¡el dichoso mono! Su «profe» les había dicho el curso anterior cosas muy peregrinas. Pero, en fin, pronto quedamos en que si Dios había desmonizado un mono para convertirlo en Adán, pues también así es Dios el Creador de Adán.

Luego, los Patriarcas, algo de los Profetas y ¡Jesucristo! ¿Cómo les podía explicar la Misa sin saber lo que creían ellas de Jesucristo y sin hablarles de El?

Pero no sé qué ocurrió. En el recreo juntaban las cabezas en corrillos. En clase no podían disimular algunas su estado de incredulidad. Mi morenota se hacía la escurridiza. En cuanto podían, me dejaban en el recreo sola. Así tres días. Y por fin vino la autora del pequeño cisma. Muy seria, mirándome fijamente, me conminó:

—¿Usted me jura por la salud de su mamá que todo lo que dice es verdad y que Jesucristo vivió en la tierra así como nosotras?

—¡Te lo juro! ¡Es verdad todo lo que digo! Y estoy dispuesta a defenderlo siempre.

Luego le razoné lo mejor que supe, y, entre otras cosas, le dije:

—*Mira nuestra vida.* ¿Crees tú que íbamos a dejar la familia, la Patria y tantas cosas para venir aquí a decir embustes?

Entonces montó un espionaje en firme. Sobre todo, el incomprendible voto de castidad fue fiscalizado, todo cuanto se puede fiscalizar externamente. Hasta mirar por los agujeros de la tapia cuando entraba el Padre a visitarnos.

Había que entregarles la «Buena Nueva» en un solo curso, y como tanto preguntaban y tanto había que remachar, me faltaba tiempo. Quedamos en que los dos días que entraba la Religión en el programa, tendríamos los cuarenta y cinco minutos que permitía la ley, y que los demás, saldrían media hora más tarde para poder tener Catequesis todos los días.

Pronto «sincronizamos» con el año litúrgico. Llegó la víspera del primer domingo de Cuaresma, estábamos todas de pie mientras yo leía el Santo Evangelio, y de pronto interrumpe una, muy malhumorada:

—¡Déjeme de demonio. Ahorita nadie cree ya en demonios! ¡Explíquenos más bien ciencias!

(Le había reñido yo, quizá demasiado fuerte, la tarde antes, y me la tenía guardada.) Me arriesgué:

—Levanten la mano todas las que creen que hay demonio.

(La levantaron todas, tal vez no tanto movidas por la fe como por fastidiar a la otra, que estuvo mal con ellas en la discusión motivo de mi reprensión.)

—Entonces —continué—, como es usted la única que no cree, puede salir cuando quiera. Estamos en el tiempo «extra» y dije que era voluntario quedarse; pero si alguien vuelve a interrumpir la lectura del Santo Evangelio, tomaré mis medidas, porque hay que respetarlo como palabra de Dios que es.

Esperé unos segundos, como no se movió, seguí leyendo, sin volverla a mirar en toda la tarde.

A los pocos días enfermó gravemente. Cuando se repuso, volvió en plan casi patético pidiendo perdón. No sé por qué creyó que aquella enfermedad fue un castigo de Dios. Su mamá me contó que decía: «Si es verdad lo que dice la Madre, estoy perdida», y en cuanto pudo, fue al Colegio —tenía quince años—. Traté de convencerla de que aquella enfermedad, más que un castigo, era una misericordia de Dios, puesto que le había hecho volver a El; pero no hubo modo, no la pude sacar de su mentalidad de «Antiguo Testamento». De todas formas, su conversión fue auténtica.

Llegó Jueves Santo. La del espionaje, al ser de día, ya estaba en el Colegio; aunque fuera vacación, ¡no importaba!

Leía un TBO recostada perezosamente, levantó la cabeza y me vio camino de la ducha, los chanclos en la mano y la sábana al brazo. Dio un grito:

—¿Qué va a hacer, Madre?

—Me voy a duchar.

—¡No, por favor, no lo haga!

—Pero, ¿por qué?

—Ah, pues. ¡Aquí el que se ducha en Jueves Santo se convierte en sirena y ahí mismito se va al río y luego al mar! ¡No se duche! (Me moría de risa por dentro; pero, ante su angustia, contesté con toda seriedad):

—Eso es una superstición, ¿sabes? No hay sirenas, ni nadie se puede convertir en sirena el Jueves Santo ni nunca. Lo vas a ver. Y la dejé que mirara mis pies bajo el agua por debajo de la puerta.

La pobre estaba asustada, me llamaba de vez en cuando. Al verme salir, se puso muy contenta y dice:

—Y una está sufriendo esta «sudadera»... ¡Ahorita mismo me voy al baño!

Entonces la tragedia fue en su casa. Nos contó que su madre le gritaba:

—¡Mi hijita...! ¡Usted despreciando los consejos de su mamá por hacer caso a esa extranjera! ¡Salga mi hijita, no me mate así!

La tremenda sorpresa fue verla salir del baño sin cola y sin escamas. Aquel incidente dio mucha autoridad a la «catequista» en aquella casa, y mi querida «espía» seguía siempre metida en el Colegio, pero en plan muy distinto.

Se casó a los dos años de aquello y le han construido su casita frente al colegio nuevo, antes de que estuviera terminado, porque ella quiere que sus hijos reciban la misma formación que su mamá.

Esta creyó exigiendo un testimonio de vida. De las demás, podría seguir contando muchas cosas, pero es necesario terminar. Al fin, todas entraron por la vida cristiana práctica.

El cura —que hace poco murió como un santo— se salió con la suya. Cuando conseguimos que las colegialas fueran con fe a Misa, arrastraron a sus familias. El preparaba muy bien sus homilias. La Iglesia, con ser grande —de aquellas que hicieron los españoles durante la Colonia—, se llenaba del todo.

Al cabo de los cinco años fue necesario crear otra Parroquia. La regentan los PP. Dominicos, y también ellos han puesto colegio.

Ahora, entre los Padres y nuestras Religiosas, han emprendido la evangelización de la gente de los ranchos de la sabana. Pero aún queda mucho por hacer..., «los obreros son pocos».

En la Catequesis de aquel curso utilicé mucho el Catecismo para los Mayores, de Tusquets, unas láminas muy grandes, cuyo autor no recuerdo, y la Biblia, sobre todo el Nuevo Testamento.

Las niñas tenían como textos su catecismo nacional, la Historia Sagrada, editada también para la Escuela en aquella República, y los Santos Evangelios.

El cuaderno de Religión respondía a mis esquemas de preparación de clase, teniendo en cuenta los textos que ellas debían memorizar.

Esta es mi última experiencia catequística y la más fuerte. Lo

que en ella aprendí, no creo poder decirlo brevemente, aunque lo voy a intentar:

Aprendí que no hay que desesperar tanto de América Española. No está todo tan perdido ni tienen ellos la culpa de todo lo que pasa allí. Que en todas partes la humildad es una virtud necesaria, pero allí es de primera necesidad para los que intenten edificar sobre la fe que sembraron nuestros mayores. Que esta edificación hay que hacerla con la palabra, pero también con la oración, con la vida y con el duro sacrificio.

Matilde Josefa ADARVE, P.V.M.

Acaban de aparecer:

CELEBRACIONES DE LA PALABRA DE DIOS

consisten

en una serie de fichas para celebraciones religiosas diversas: vigili-
as bíblico-litúrgicas, lucernarios, bendiciones,
reuniones de diversos tipos: trienios, novenas, meses, pe-
regrinaciones...

se destinan a

facilitar una participación litúrgica más consciente de los
fieles, ya en la comunidad parroquial, ya en colegios y es-
cuelas, o en agrupaciones apostólicas diversas.

imprescindibles

en toda reunión o asamblea litúrgica animada por un mo-
derno sentido pastoral.

Patrocinadas y dirigidas por:

**INSTITUTO PONTIFICIO SAN PIO X.
Tejares-Salamanca.**

**Administración: LIBRERIA CATEQUISTICA.
Marqués de Mondéjar, 32. MADRID-2.**